

Primera edición: 20 de agosto de 2019
Registro legal Indautor: 03-2019-082009460200-01
Ilustración de portada: Pixabay (<https://pixabay.com/es/>) Digital_Works
Diseño de portada: Gato Chispa
Iconos genealogía: Vecteezy.com

México, ciudad de México
Roberto Valencia Galván
Mail:robertovalenciagalvan@gmail.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Prólogo

Estando de pie, esperando a un amigo en la barra de una cafetería, enfrente de la estación de televisión, alguna de las mujeres meseras colocó frente a mí la bebida caliente que solicité con la mano en alto, hacía apenas unos minutos antes; intenté, con sobrado convencimiento, dar unos sorbitos para avanzar con los primeros pasos a una inventada y mal creída comodidad tempranera, pero la alarma en los labios fue tal, que de seguir adelante, seguro, me hubiera derretido alguna de las piezas fingidas de mi boca; quizá la bebida era para entregar hasta el día siguiente, irónico recuerdo que pensé, y entonces, vi entrar a una actriz y a un famoso actor, ella medio cantante y él medio galán. Voy a ser sincero, me enoja esos que los ven y los admiran y hasta dejan a la vista la oquedad en su boca mientras los ven pasar; ese día, sin querer, yo hice lo que tanto me enoja de otros, pero lo mío tenía otra explicación, a mí lo que me sucedió no fue la paloma blanca de asombro chocando contra mi rostro, a mí me llamó, irremediablemente, la atención el par de seres humanos que acababan de entrar, muy elegantes, de parecido refinamiento, cubiertos, ambos, con gafas oscuras que requetebién ocultaban su identidad secreta. El hombre no era guapo, pero si alto y de voz exuberante, la mujer era tersa. A uno de ellos lo identificaban en la calle por su repetido sonsonete, tanto, que a veces, muy seguido, se convertía en su nombre de pila; y a ella le reconocían tener en su haber los besos en la boca con los hombres más hermosos de la farándula, le dijo una mujer a su marido, sentados en una mesa chiquita a un costado de mí. Volví a recorrer con la mirada las fotografías colgadas en la pared, con la imagen del rostro y el autógrafo al pie de las muchas personalidades, que alguna vez ya se habían dado cita en ese establecimiento, y volví la mirada al rostro de ella, la actriz, era un rostro armónico, con poco o casi nada de maquillaje, recuerdo la curvatura en la punta de su nariz y la simetría en sus labios, los miré porque me imagino que me llamó la atención que con ellos hubiera besado a los hombres que presumía la mujer a mi lado. Pensé en un ser humano al que le dan la oportunidad de escoger antes que nadie la conformación de su rostro, como cuando entras primero a la sala vacía de cine y tienes la oportunidad de, rápido, escoger el mejor asiento para la función. En resumen, miraba yo a dos seres humanos inventados por la abundancia de casualidades, quizá del destino, la señora buena que te va enseñando el camino. De pronto alguien puede pararse en el tapanco de la oportunidad a gritar su locura, todos tenemos una, y, con los debidos favores de la señora buena, le cambie la vida.

¡Milagro, Pascual! (R. Valencia)

(Del libro: “*Crónico Amor Platónico*”, Roberto Valencia Galván, 2016, p.32)

La primera estrategia, extraída de las memorias de mi abuelo, fue atacar por el frente y en dirección al punto más débil de una hembra: su condición genética. “*A una mujer antes de gustarle, primero hay que despertarle admiración*”.

—Sé tú. El mejor atractivo es lucir pa’dentro. —Hice mueca de sensei... hasta con las manos. Esa era frase de Filemón, mi abuelo “*el conquistador*”.

—¿Para dentro?

Usando los dedos, enumeré en su cara lo que vino a continuación, información muy muy clasificada que no daba yo a cualquiera.

—No finjas, no quieras hacerte el diferente, no seas chistoso, no seas galán, no la acoses, no quieras llenarla de regalitos o detallitos... ¡No seas encimoso! —La cara de ese *¡guey!* me asustó: el semblante quieto, los ojo pelados y muy quietos y las cejas muy muy levantadas. ¡Ya lo madreé! Lo dejé por la paz. Así estaba bien. *El Coach-file* (en honor al viejito de los consejos) dio en el centro. Hizo mella.

¡Milagro, Pascual! (R. Valencia)

¡Milagro, Pascual!

De Roberto Valencia Galván

Sinopsis

—¿Qué dicen los ojos de una persona?

—Principalmente, dicen si es bueno o es malo, también dicen si es tierno y hasta dicen si le gustas.

—¿Y si los ojos son claros?

—Dicen lo mismo, pero te pueden engañar –riéndose.

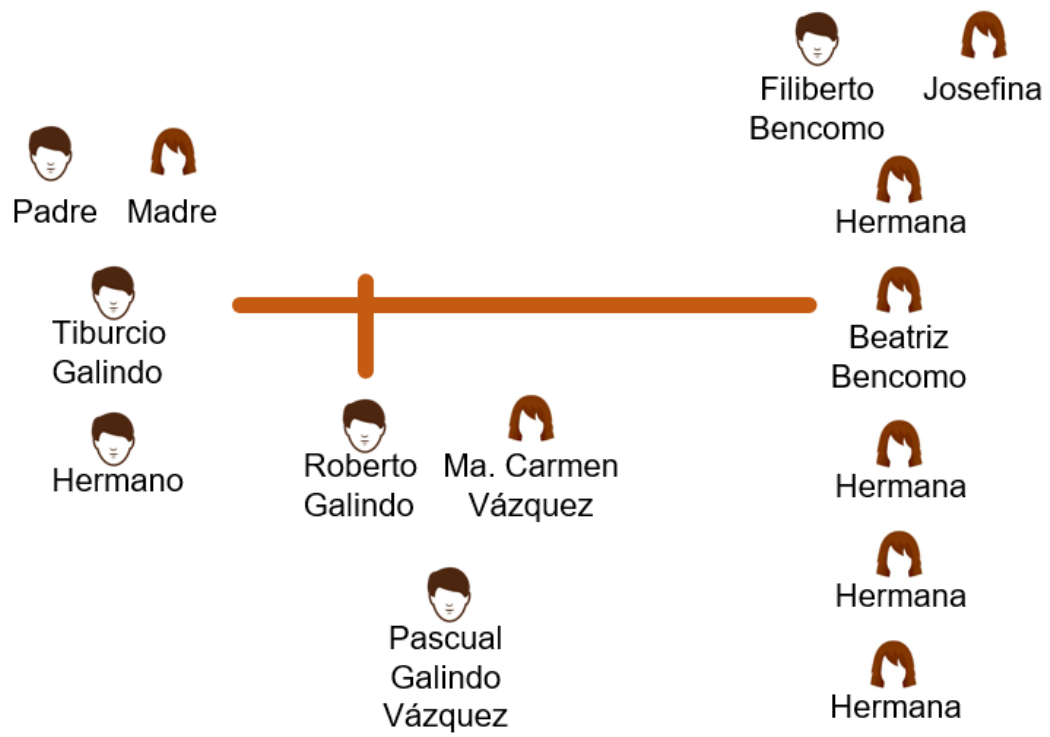
—¿Y si son claros y de un color raro, perfumados, profundos, muy cautivadores?; más aún, ¿si son claros, con un tono de color raro y, además, los parpados cubren la mitad? Como la mirada de un felino –haciéndole el tono bajo del espanto– quieto, taimado, que puede saltar sobre ti en cualquier momento.

—*Pa 'su mecha* –con los ojos muy abiertos.



Índice:

1. Derrotado y desterrado a la megalópolis...
2. Chunches, más chunches..., pa`suma, ¡qué chunches! ...
3. Carmelo, chamba y rocanrol...
4. La primera vez en un foro de televisión...
5. La diva ya va en camino...
6. Los súper y la famosísima cámara Polaroid...
7. El chico maravilla, Canuto, Chicles y los demás; y ¡Rock the boat, babe!
8. Filiberto Bencomo, Tiburcio y la niña santa...
9. Dos colchones en el suelo, con una vela de luz; y el bendito sacrificio...
10. Dos cafés con leche, dos choux, pan blanco y ¡frijoles chinos con huevo!...
11. Permiso, señor Galva, ¿nos regala su autógrafo? ...
12. Bóveda celeste...
13. ¡Milagro, Pascual! ...
14. ¡Los dos arbolitos! ...
15. ¡Cinco, cuatro, tres..., dos..., en el aire!
16. ¡Thunderstruck! ...
17. ¡Citlalli, la siempre buena Citlalli! ...
18. ¡Pastela de pollo, tajín de cordero, cuscús con verduras! ...
19. ¡Señoras y señores, queda con ustedes Robertoooo Galva! ...
20. ¡Luces, cámara..., acción! ...
21. En su lecho de muerte...
22. Querida Aidel:
23. ¿Qué?, épale... ¿Protagonista yo?
24. Maestro, de maestros...
25. Crónico amor platónico...
26. El buen amor...



¡Milagro, Pascual! (R. Valencia)

*Para el esmerado Dartagnan
y la valiente Naricitas...*

Capítulo 1

Derrotado y desterrado a la megalópolis...

Dio unos pasos atrás y miró; todo el blanco extendido en el portal y la fachada de la enorme casa llenó su vista. Pascual buscaba señales que le dijeran que había alguien en su interior y no halló ninguna señal. Con toda su estatura de garrochón, hizo una nueva gestión mirando por las ventanas, pero el intento fue infructuoso, nada de movimiento en su interior. Cruzó la calle y dio unos pasos laterales para extender su campo de visión y permaneció ahí, pensando en el mejor proceder que le evitara tener que regresar más tarde u otro día. Sacó una pluma, encontró espacio disponible en el trozo de papel donde llevaba escrita otra dirección y concluyó dejarle a la propietaria un mensaje escrito:

“Hola tía Po, soy tu sobrino Pascual, el hijo de Roberto; vine a verte, pero, como te percatarás al leer estas líneas, no te encontré. Necesito platicar contigo; hazme saber, por favor, al teléfono que dejo a continuación, el día y la hora en que puedo encontrarte. El número es de casa de un familiar de los Piña, la familia que vive a la entrada de Calería, ¿te acuerdas? Saludos tía.”

Aún no terminaba de dejar la nota cuando tía Polita, paso menudo, aproximaba preocupada del extraño que dejaba citatorios en su puerta. *¡Ora, ora, tentón, qué carajos!*

—Estaba por dejar esto —dijo a la dama chapeada por venir caminando bajo el sol.

—Yo dije, ¿ahora quién está dejándome recados? —acercándose—, como te vi escribiendo y tratando de dejar eso en la puerta, pensé que eras un cobrador. Eres Pascual, ¿no? ¿Qué andas haciendo muchacho? —aplicada en sacar la diminuta llave de un monedero chico hecho de puro estambre.

—Vengo a platicar con usted, tía Po —acicalándose el pelo para no parecer tan vago.

—¡Pásale, muchacho! —luego de entrar ella, menudita aún.

La mujer chiquita adelantó para abrir la puerta que da acceso a la vivienda superior, luego de superar el alargado patio que servía de garaje, en el camino levantó volates,

panfletos de calle con propaganda y correspondencia, arrojados por debajo del portal principal.

—¡Pura basura! –refunfuñó para sí.

Pascual la vio entrar y de pronto desaparecer, (¡!); y lo primero que ocurrió fue asomar la cabeza, antes, para entender cómo dar el siguiente paso y por dónde proceder. A la izquierda había una escalera, ¡larga!, sin descanso, que ascendía hasta la siguiente planta.

—¡Pá-sa-le, muchacho!, estás en tu casa –gritándole desde arriba.

Polita lo vio asomar la cabeza ascendiendo por las escaleras, cauto, y fue por las de costumbre para suavizar, aunque fuera un poco, el encuentro.

—¿Cómo está mi hermano?, ¿ya se atendió ese brazo? –levantando un plato y una taza sobre la mesa del comedor.

—Se quedó en la casa, tía –insistiéndole al largo copete que no quedaba fijo.

—¿Quieres tomar algo?

—Nada, tía (*¡nel!*).

—Siéntate –levantando unos alambres en forma de araña y otros trastos que Pascual no logró descifrar, pero que daban idea de algo que seguramente eran su pasatiempo. Luego tía Po se sentó en la orillita de un sillón, del que estaba frente a la televisión, y de inmediato fijó la hipótesis de que ese sería su asiento favorito. Tenía en la cara un gesto agradable, pero de “*¡no toquen mis cosas!*”

Polita era una mujer de costumbres definidas, recias. Se levantaba diario a la misma hora y desayunaba sola; en ocasiones había alguien que se invitaba, pero el común era café, pan y programa de radio, sola. *¡Ahí les voy con el ruido!*

—Quiero hablar contigo, tía.

—¡Hay, muchacho! –aún con el mismo gesto agradable en la cara.

¡Algo sabía ella! Ese “*¡hay, muchacho!*” le dio a Pascual la sensación de que estaba enterada de todo el numerito. Le incomodó porque ese no había sido el acuerdo con su padre.

Ella se levantó, llenó medio vaso de agua y se lo puso enfrente. Polita no podía ver a nadie en su casa sin algo enfrente que ella le invitara. *¡Tía Po tenía sus buenas mañas!*
—¿Te llamó mi papá?

—A ver, cuéntame.

Calería es un pueblo de Veracruz como hacia la costa, *¡caliente!*, de andar *suavecito*, ubicado al sureste de la ciudad de México, un poquito arriba, a la derecha y cerquita de una laguna. El sitio vive junto a *Sihuapán*, *Comoapán* y a otros *apán* que no vienen ahorita al caso. Pascual, que siempre fue parlanchín, usaba el nombre de las comunidades vecinas y su sílaba tónica, con el sufijo “*apan*”, para inventar rimas a las que luego les ponía sonsonete pegajoso:

“¡Tapalapán que Tatahuicapán! ... y si Tilapán ocha dan... ¡íralas, ahí’tán! ... jodiendo para que las Amatitlán... ¡ah’jijos!, quieren un hombre Sontecomapán, suave y dulce como Minzapán... ¡jijos!, me pone birote de pan, durote y sin chicha, chato como para Michamapán... todas sobre el chulote de Sihupán...”

Es la zona de los Tuxtlas, valedores para la agricultura por montones. Mucho verdor y del bueno: frijol, maíz, azúcar, ganadería *¡y tabaco!*, este último es el punto de todo lo que marcó el principio de este caminito que les voy a platicar. Mi relato será descriptivo y voy a tratar de ser lo menos apasionado, aunque *¡nel!*, desde ahorita voy a aceptar que me ganará la emoción y la pasión, pero más bueno que malo, porque así lograré poner en intensidad todo lo que tuvieron cada uno de los acontecimientos.

Empecemos: a los ojos de cualquier artista la siembra del tabaco, la cosecha, cura y añejamiento tiene muchos aspectos dulces y melancólicos; porque se *sembraba clandestinamente* tabaco a la orilla de un río, y río había mucho por esos lares, por eso lo de el sufijo “*apán*”, todos ahí tenían un poquito de esa *delgadísima línea azul* que apenas saltaba a la vista en los mapas de sus escuelas rurales, escuelas a las que se llegaba sólo caminando, *¡ojo!*, estos pequeños elementos descriptivos son para que vayamos entrando en materia; también porque las hojas de tabaco se curan con la humedad caliente de una hoguera. Y se cuida en noches de galera, recostado, mirando

¡Milagro, Pascual! (R. Valencia)

líneas de otate donde cuelgan las enormes hojas de tabaco. ¡Ah!, y también de la costumbre de decirle “*echar lumbre*” a la labor de ir a secar.

Lo del añejamiento pasa por tener paciencia, cuidar de la humedad. Se mimaba, se vigilaba. Se puede ir por el mal camino y podrirse, o por el buen camino y hacerse aromático, de buen sabor: de los matices agradabilísimos del aroma y del selectísimo sabor para el paladar.

A Pascual le gustaba eso: el añejamiento, y luego hacerlos en cigarros o en puritos. Cilindros chiquitos, delgados, aromáticos, con buen sabor y mejor buqué. Pascual aún no sabía nada de esos términos, *¡siempre ha sido guey!*, los entendía, sí, pero no sabía de la palabrería. Era su gusto envolver, o torcer, con paciencia una hoja de tabaco, apretándola y juntándola para poner la tripa *¡enjutada!* en la palma de la mano, y asirla duro para que no se soltara; y con una cuchilla de gancho, *filosísima* en obsesión, rayar a lo ancho, al aire, sin apoyarse, y retirar en la palma de su otra mano el bulto de tabaco en picadura. Con sumisa minuciosidad lo montaba en papel de fumar y se daba, escrupuloso, a liar y forjar. Prolijo. *¡Como mariguano!* Cigarrillos casi perfectos. Ese era el caso, intentarlo a cada nuevo, y luego, ¿por qué no?, “*hasta habanitos*”.

—Yo estaba bien, *¡vivía feliz en Calería!*, tía. Es mi papá el que, ¡a fuerza!, quiere que ande acá. Que busque el trabajo acá y me quede a vivir por acá. ¡Yo no quiero!

—¿Y vas a desobedecer a tu padre, muchacho?

Esas tierras donde Pascual pasaba todo su tiempo eran de su papá, Roberto Galindo, el mayor de todos los hermanos. Y fue como figura de albacea y también como especie de depositario moral quien la recibió de sus padres, aún en vida, Tiburcio y Beatriz Bencomo, en los tiempos en que para llegar ahí únicamente existía el llano y el llamado camino viejo: camino que contaba con un puente de hamaca sobre el tramo que se conocía como *Río grande*.

En ese lugar el arrendamiento de parcela para cultivo lícito era el modo de vida de un extenso número de familias. Octaviano Carrión pagaba por la cosecha de tabaco de manera regular (ese era su éxito) a más de sesenta jefes de familia; y las familias sembraban y cosechaban, y Octaviano vigilaba, paga y comerciaba. Un círculo

infinito exitoso, que tenía a todos en *Calería* muy felices y prósperos. Había trabajo de sobra, ¡para todos!, como en país desarrollado.

Además, Roberto Galindo tenía una cervecería enfrente de la casa, entre dos árboles de mango, que se llamaba: “*Cervecería los dos arbolitos*”. Con piso de tierra, hamacas y mesas de metal de la cervecería nacional. Una rocola, un mesero y Pascual. A este muchacho de camisas desabotonadas, por el intenso calor, se le hacía la vida con la venta de sus productos, y es que para quien pudiera pensar en lo difícil de su entorno, *quién gana más que un vendedor ¡gritón! de periódicos, al centro de una faena policíaca por crimen*. Al calor de las cervezas y de la música siempre hacía falta algo para fumar, que rasque la garganta y que suministre como para locomotora con lo de aventar bocanadas de humo. *¡Donas y más donas de placer, para los pinches sombrero!*

—¿Qué culpa tengo yo, tía, de que los *chancludos* quieren echar humo cuando echan cerveza?

—Y tu papá se enojó contigo —llevando la inercia.

—¡Todo le molesta! —Con verdadero gesto de hartazgo—. Dice que soy un ladrón y que Octaviano me puede meter a la cárcel.

—¡Hay muchacho! —Po se levantó por no saber qué más decirle y fue a la cocina.

—Usted dígame, tía: ¿dónde se van a dar cuenta que les faltan unas cuantas hojas de tabaco? —levantando la voz para llegar con claridad hasta donde ella estaba.

Una bien cierta de Po siempre era: *el que nace pa’ tamal, del cielo le caen las hojas*. Conocía a su sobrino y sabía de sobra de las cosas de su hermano, así que, si le mandó al cachorro para que le pusiera la correa, al menos le hubiera puesto una carta donde dijera que se lo entregaba por completo. Así si le ladra, le rompo el hocico.

Roberto Galindo tenía fama de hombre serio. Cuando se le miraba caminando por la calle, su imagen era la de un hombre parco. No negaba el saludo, por lo contrario, era lo único de su carácter con lo que era generoso, pero superado el encuentro volvía a la parquedad. Paradójicamente el hijo menor, Pascual, era un buen valedor, era dicharachero, chistoso, bailarín, cantante, platicador, coqueto, poeta, acicalado,

atrevido y, sobre todo, independiente; y con muchos sueños de llegar a ser alguien importante. Lo de los habanos le había salido bien, y le había ofrecido la oportunidad de comenzar a tener buena *platita* en la bolsa, y no pasaba, ni tantito, por los inconvenientes de la suerte; por la ventura de estar yéndole bien en la vida..., como que ¿por qué o para qué? ..., no había necesidad de encontrarle el dejo amargo a la gracia de Dios. ¡Eso es para los agrios!, ¡A un ladito piojos que ahí les va el peine! Porque si esto le sucedía, era por ser trabajador y porque seguramente se lo merecía. Con esta racha podía, ¡ahora sí ya!, hacer planes, y de los buenos, para el futuro. Pero vino la ¡pinche! desgracia. Roberto lo corrió del trabajo y le ordenó que se fuera a la ciudad de México, que buscara acomodo con la familia y que encontrara un oficio decente. Como si fuera de enchírame otra, valedor.

—Abajo es de tu prima y lo usa cada que viene a la ciudad con su marido y las niñas, atrás tengo un inquilino desde hace tiempo, y ya es una persona mayor; a don Felipe no le gustan las compañías, a lo mucho, y pocas veces, sube por café y a platicar un poco. Lo único que puedo ofrecerte es que te quedes en la recamara que era de tu prima cuando era soltera, la que está a un lado de la mía, allá en el fondo.

Pascual la miró con agua en los ojos y le siguió con un silencio muy incómodo, a lo que Po respondió levantándose con prisa para ir a su lado a consolarlo con caricias en el pelo.

—No llores, hijo, así es tu papá, y así ha sido siempre..., si lo conoceré yo —echando los ojos al techo—. Me dijo: “¡no te vas a casar!” ... —vino otro espacio en silencio y la cariñosa tía prefirió pasar a la bienvenida—. Mira, ven, te voy a enseñar dónde están las cosas.

Hizo que se enderezara, haciéndole con jalones por el brazo, y se lo llevó con la cabeza agachada a lo largo del pasillo que llevaba a las habitaciones del fondo, ¡hela aquí tu nueva morada, revoltoso saltarín!

Capítulo 2

Chunches, más chunches..., pa'suma, ¡qué chunches! ...

—¡Levántate, Pascual! —El grito vino desde muy lejos, allá al fondo.

Por una delgada línea en los ojos, Pascual vio la pared blanca de diseño áspero en el yeso y un algo de luz que se colgaba por las persianas. Era muy temprano eso era seguro. Hacía frío, o sintió frío, se tapó y se volvió a acurrucar.

—Tú quedaste muy formal en que estarías listo temprano para ayudar a bajar todo.

Esta vez el sonido de la voz llegó más nítido y claro, cerca; luego la voz del locutor de la radio empezó a ser perceptible.

Po abrió la puerta y asomó levemente para ver el estado de su inquilino y desapareció, y continuó con la maniobra de hacer que el joven se levantara, y, también, con la de que tuviera claro que en esa casa se madrugaba diario, igual, o quizá más, que en la casa de *Calería*.

—¡Columba es muy madrugadora! ... ¿Entonces, para qué te ofreciste a ayudarla, muchacho?

Eso que le hacían empezaba a ser incómodo, así que Pascual se giró en la cama, se destapó los brazos y aceptó, con auténtica resignación, que ese domingo tampoco sería para un buen descanso. Se enderezo, más con impulso que con ganas, y caminó al baño, todavía a demasiadas bajas revoluciones; intentando desenmarañar con claridad a qué se había comprometido. Las uñas sobre el cuero cabelludo ayudaban, pero sería mejor sentarse un poco en el *wáter* y luego un poco de agua fría en la cara para terminar de desenmarañar la madeja en su mente. Había momentos, él mismo se conocía muy bien, que la lengua le daba problemas y ésta era una de esas en la que se pasó, seguro estaba, de *¡auto-implicado!* Quería pasar saliva, pero la boca le advertía que lo dejara para luego del baño, eso se combinó con la incertidumbre de saber, a cabalidad, de qué se trataba eso a lo que se había comprometido.

¡Milagro, Pascual! (R. Valencia)

—A Columba le gusta empezar temprano para terminar temprano sus cosas. ¡Tú le prometiste que la ibas a ayudar a sacar y bajar todo lo de la azotea!, y ella ya está trepada arriba dese hace rato.

Pascual, en la mente, jalaba la punta de los cabos para asirlos al mencionado compromiso éste, de un montón de pláticas, *¡chismorreos!* y conversaciones en casa; desayunos, comidas, cenas, cafecito, panecito, domingos de chicharrón con tortillas, *¡pastelitosconmerengue-y-gula!*, corte de pelo en el patio (porque la Columba era muy inquieta) y bolsas del mandado hasta su casa y, ¡a saber!, cuándo fue que él se comprometió a estar con ella trepado el domingo ese en la azotea bajando cacharros, viejos cacharros.

“*¡Hay, no! ...*” cuchichió para sus adentros seriamente molesto, mientras abría la llave del agua de la regadera.

—La Columba es muy inquieta y ya sabes que no para. Ella sola no puede, ya está solita arriba aventando cosas al patio —con grito lejano.

No había más, ni había otra; si quería tener algo de paz para ese día, debía aplicarse por lo menos toda la mañana para poder tener algo de tarde con el nuevo amigo de la esquina y un placentero cigarro con amena charla de hombres. Apuró el traguito de café y el último trozo de galleta de fibra de trigo y miel.

—*¡Ahí va otraaa... Aguas con la cabezaaa!*

—*¡Esos no los avientes, cabezón!, se rompen.*

Columba Agneta Danielsson García de Eulate, vecina muy querida de Polita con parte del pasado almacenados ahí y otros en el corazón, cumplió casi diez años de viudez. Su marido, el fotógrafo de zona Farfán Benavides, dejó esta vida por alcanzar el tope de servicio..., por cosas de la naturaleza humana..., por eventos del cuerpo cuando, por el trote, el cacharro llega al desastre total..., ¡por viejito, valedores!

“*Fotografía Farfán Benavides*” retrató a toda la colonia; es más, a toda la zona, y a un algo de todo el sur de la ciudad y aún un poquito más allá. Bautizos, bodas, primera comunión, graduaciones, fotografía de familia, inauguraciones, clausuras, despedida

de cursos, foto infantil, foto de ovalo, foto tamaño pasaporte, para el título, para el certificado, para la novia y para otras tantas ocasiones, ¡todas las fotos, todas!

La casa entera era un atrayente manojito de cuadros escenográficos; cada esquina, lugar del garaje o ventana fue decorado, nada escapó a su idea de hacer un recinto para los recuerdos. Espacios (*¡muchos! de diferente temática*), salpicados de minuciosos detalles que poder ofrecer a su selecta clientela. *Farfán* fincó en esto la base de su ascenso y lo logró, alcanzó el pináculo en esa zona de la ciudad. Gastó horas enteras dibujando, haciendo bocetos, eligiendo, optando, comparando. Se volvió su pasatiempo. Terminaba el huequito (*la esquinita de la casa*), de uno metro y medio por uno, dando los últimos toques, y luego, unos pocos días después, comenzaba a diseñar, cambiar, modernizar o renovar el nuevo; ¡de eso vivía!

—¿A poco estos sombreros se usaban? —el joven, que hacía poco estaba cedido de flojera, ahora todo animado de tentón, midiéndose uno, aunque estuviera muy lleno de polvo.

—¡Huy, eran un éxito!

Columba levantó del suelo un enorme trozo de tela doblado en cilindro y colocó una parte de la punta en su cintura para imaginar las posibilidades.

—De aquí podría sacar una falda preciosa.

—Oiga, Columba, ¿y las cámaras?

—Esas están en otro lado.

Farfán se volvió fanático de la fotografía desde muy joven, todo porque su tío Pompeyo Benavides le regaló una cámara *Réflex* marca *Yashika (Pigeonflex)*. Pompeyo era chatarrero (Farfán tenía un poco de eso también) y la *Réflex* apareció en sus manos un día de intercambios y pepenéo. La cámara estaba en buen estado, pero fue necesario repararla, no servía. A ese armatoste vinieron otros y luego otros más, llegó a tener muchas más cámaras de las que necesitaba; y también lentes, lámparas, cortadoras, difusores, pantallas, plantillas... y hasta pelucas y vestuario.

—¿Va a tirar esto también?

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

